

## CONJURO DEL ESPEJO: QUINCE AÑOS DE POESÍA

Una Antología de poesía como esta nos remite necesariamente a una poética. No se trata de un escaparate de poemas, sino de un camino, un propósito, una determinación de hacer de la propia vida, las experiencias, las lecciones, los encuentros y los desencuentros, las luchas y los placeres, las certezas y las dudas un mundo de palabras que retenga y comprenda una existencia humana. Si cada uno de nosotros en único y cada una de las vivencias incomparable e insustituible, el recuento poético de la historia personal es común a todos en su singularidad.

Desde sus primeras palabras, por instinto o a sabiendas, Iliana Godoy cultiva un territorio particular, inconfundible y representativo, igual a sí misma. Un espacio de posea en el que el tiempo se concentre, se fragüe, se consolide, como un espejo, suyo y de aquel o aquella que descubran reflejarse. Se trata de una vocación, un llamado, un destino –o como quiera llamársele- de ser en palabras, en versos, en poemas. Y entonces surge la pregunta ¿de qué está hecha esta poética, esta realidad?

En esta estancia temporal de Iliana todo es cuerpo, materia. Es decir: sexo, deseo, amor, pensamientos, aspiraciones y sueños. Cada hecho, cada ser, el aire, los rayos del sol, el desamparo, las hendeduras del tiempo, existen de manera palpable en su universo: se pueden beber a sorbos o consumirse en un espasmo. En esto reside su erotismo. Son pura realidad, pero no de la razón, sino de la vivencia. Tierra, viento, semen, sustancia. El ser humano se enfrasca en el misterio de la vida, el misterio de lo que existe.

Necesariamente, ante esta premisa, una poética ha de ser – como es- audaz y potente. Dice Iliana Godoy, al introducirnos en su antología, que el poeta –como el profeta- es quien escribe desde una identidad que desconoce, en que, agregaría yo, ella se sumerge con arrojo, y, en su lance, alcanza una algidez de los sentidos y –aún más- de la conciencia. Al volver, cuando escribe, la aventura se vierte sobre el poema, que, al ser leído, produce un estremecimiento lúcido. Las palabras están al desnudo; las palabras que encarnan a seres, situaciones y objetos no sugieren, no insinúan: son. Por momentos, la pluma es una espada de

cristal que desbroza el camino. ¿Para qué hablar de lo posible? Mejor atravesar los umbrales de la realidad aparente y navegar hacia parajes vírgenes, ignotos, asumir la sacudida y hacerla propia. La fuerza de esta escritura comporta una tensión; a partir de un amplio espectro, un nutrido vocabulario la poeta atrapa términos puntuales y forma un conjunto; recoge los hilos del entramado justo antes de romperse, tanto, que crea una contradicción: la sensación de una abundancia medida. Una poética poderosa como ésta es insólita en poesía escrita por mujer.

Esta dualidad se repite en diversos ámbitos: la diáfana afinidad por los excesos contrasta con el rigor formal. Cúpula de mariposas, grito incandescente, amor al maíz, noche sin horizonte, invicta carne, mañana es nunca. Las pasiones –como las ideas- desconocen límites, reniegan de ellos, se pronuncian en rebeldía. Nada hay nada que no pueda ser vivido, y, por consiguiente, nombrado. Pero el caudal no se desborda, no rompe el dique, no inunda el cultivo. Por el contrario, el aire, el fuego y el agua se convierten en piedra, palabras labradas, cinceladas, esculpidas. La catarsis es una purificación en la que sólo triunfa lo indispensable. ¿Dónde se originan este rigor formal y esta afinidad por los excesos? En el amor. El amor a la existencia individual, al mar, a la caricia, al hombre y a la mujer, a la colectividad, a los enigmas y a las andanzas, pero –principalmente- a la poesía: vasija del ser.

Otra instancia sintética es la reunión de lo cotidiano ante el sentido de lo sagrado. Los poemas habitan este mundo de todos los días, todas las cosas, todos los seres, todos los hombres. Sin embargo, cada instante, cada objeto, cada planta o animal, cada persona, son sagrados por el modo de ser abordados, en su definición y su unicidad. El dramatismo de los hechos de la vida se traduce en una cuidadosa delicadeza y una reverencia en la expresión. Como en estos versos: “Habría que arder de olvido/ y en un polvo solar/ ciegos de llanto/ desandar los caminos de la piel/ y quedar inocentes, primarios/ previos la nacimiento y a la herida.”

También, la confrontación de la pureza del ser y lo corrosivo de la experiencia produce su tensión. A las entrañas tersas de una ola –imagen que nos devuelve al origen, cuando se es uno con el universo- se anteponen la herida abierta, las flores que se pudren o el derrumbe de

una voz. No se vive en vano, se paga algún precio. Esto es inherente a la existencia misma, al destino del hombre, al “ejercicio trágico de la libertad”, según palabras de la poeta. El ser –cuerpo y mente- se consume en el trayecto. Pero algo prevalece, queda intacto, a pesar de la sangre, del lodazal, de las batallas, de las bocas excoriadas por desiertos, de un instante sin palabras, de un reloj de espuma, de una nube ácida, en fin, de la entrega incondicional a la vivencia, algo perdura – esencial e indescifrable- profundamente humano: Alguien está de pie, mástil en tierra”

En quince años de poesía, los versos esculpidos de la juventud son ahora dibujos en el espacio, saturados, sustanciosos, fuego que deviene aire y fuego otra vez. En *Conjuro del espejo* se revela el sentido de la primera palabra, el minucioso camino que desemboca en una poesía decantada y armoniosa, eufónica y fluida en su compactación, física y mental, profunda, osada y real. Desde un principio Iliana Godoy propone el ámbito en el que se desarrollará su poesía, ese intervalo en el tiempo en el que nadie es soberano y todo posible, el *Interregno*. De ahí en adelante persistirá la unión con el otro, semejante y opuesto, mujer y hombre: la *Contralianza*. Interrumpida, a veces, por la ruptura y el desamor, como en el caso de *Mástil en tierra*, quizá –entre sus libros- el más oscuro y adolorido. Aunque el afán de nunca dormir, vivir siempre, intensa eternamente, inmersa en el amor, mandará en *Invicta carne*. Y Eva cederá a la tentación de habitar un territorio reservado y recóndito, pisar de nuevo el Edén, rendirse al *Derrumbe del fuego*. No sólo para gozar la vida; también para morir de más, interminablemente y así *Seducir a la muerte*. De vuelta, más tarde, guardarse y rehacerse en *Sonetos y claustros*. Abstraerse en el estallido de la propia identidad y difundirse en el paisaje, avivar la conciencia del cambio y asombrarse ante la revelación de que todo se transforma, como en los *Poemas Chamánicos*. Y en ese ir y venir, arder en la *Furias del polvo*, cuando el deseo es más ciego que el dolor, más agudo, más penetrante y la vida, un parpadeo. Siempre hija del amor, tendrá su *Secreter* y, entre congas y habaneras, cadencia pura, sensualidad, sudor, y sol, danzará ante un *Coral negro*. Porque todo es lo mismo y lo distinto, como en *El libro de los espejos*,

donde se manifiesta el vínculo indestructible entre los contrarios, formalmente posible gracias a la ambigüedad del significado de las palabras y de la integridad de cada verso, de modo que el sentido del poema surja de la sintaxis, del dinamismo en la construcción de los enunciados.

En este fértil recorrido poético se produce la sensación de estar ante un fruto maduro, de plenas y jugosas propiedades; un durazno bajo una luz amarilla, amarilla, que se torna azafranada, ocre en el horizonte. Conjuero del espejo es la inspirada expresión de un ser humano que se edifica en la poesía a lo largo del tiempo.